

Mas en tal estado, exacerbáronse en tal manera á don Enrique sus dolencias, que antes que pudiese dar cima á sus designios, le arrebató la muerte en Toledo á 25 de diciembre de aquel mismo año (1406), y á los 27 de su edad, con gran sentimiento y llanto de toda Castilla, que no solamente lamenta ver bajar prematuramente á la tumba un monarca de tan grandes prendas, sino que presentia las calamidades que esperaban al reino quedando una reina viuda de treinta y un años y un príncipe heredero de veinte y un meses ⁽¹⁾.

(1) Un fraile franciscano, fray Alonso de Espina, dijo, sin que sepamos el fundamento, que habia muerto este rey don Enrique de un veneno que le dió un médico judío natural de Segovia, llamado Almayr. Esta aventurada especie le bastó al bueno de Gil Gonzalez Dávila para hacer en el penúltimo capítulo de su historia la observación siguiente, que si no exacta respecto á todos los soberanos que cita, no carece de verdad en cuanto á algunos: «Y cáusame admiración, dice, pensar que cuatro reyes que ha tenido Castilla de este nombre, acabasen con muertes muy dignamente lloradas. A don

» Enrique el I. mató una teja en
» la ciudad de Palencia: á don En-
» rique II. unos borceguies avene-
» nados: á don Enrique III. un ve-
» neno que le dió este médico trai-
» dor: don Enrique el IV. acabó
» con una muerte cual nos cuentan
» sus historias. Y si reparamos en
» ello, lo mismo parece que sucedió
» en otros cuatro que tuvo de este
» nombre la corona real de Francia,
» esceptuando el Primero. El Se-
» gundo murió en una justa. El
» Tercero de una puñalada. El
» Cuarto, que reinó en nuestros
» años, de otras dos que le dió un
» mal vasallo de su reino.»

CAPITULO XXV.

JUAN II. EN CASTILLA.

DESDE SU PROCLAMACION HASTA SU MAYOR EDAD.

De 1406 á 1419.

Proclamacion del rey niño en Toledo.—Temores de la reina madre.— Noble proceder del infante don Fernando.—Tutela y regencia.—Córtes de Segovia.—Guerra de Granada.—Conquista de Zahara.—Cercos de Setenil.—Córtes de Guadalajara: subsidios para la guerra.—Muerte del rey Mohammed VI. de Granada y proclamacion de Yusuf III.; curiosa é interesante anécdota.—Renúvase la guerra contra los moros.—Combate, sitio y gloriosa conquista de Antequera.—Se da al infante don Fernando el sobrenombre de don Fernando *el de Antequera*.—Nómbrese alcaide de Antequera al esforzado Rodrigo de Narvaez.—Tregua con Granada.—Hereda el infante don Fernando la corona de Aragon.—Parte á tomar posesion de aquel trono.—Nueva regencia en Castilla.—Comienza la privanza de don Alvaro de Luna.—Reasume la reina doña Catalina la tutela de su hijo y la regencia del reino por muerte del rey don Fernando.—Damas favoritas: disgusto de los del consejo.—Despréndese la reina madre de la crianza de su hijo: descontento de los grandes.—Muerte inopinada de la reina doña Catalina.—Crítica situacion del reino.—Cásase el rey don Juan y se le declara mayor de edad.

La circunstancia de haber heredado el trono de Castilla un príncipe que aun no contaba dos años de edad, en ocasion que amenazaba y aun habia comenzado á romperse una guerra formidable con los moros de Granada, hacia que muchos temieran y auguráran

grandes turbaciones y calamidades en el reino, señaladamente los que sabian y recordaban los males que en muchas ocasiones habian traído á Castilla las largas menoridades de sus reyes. Por lo mismo tambien temian unos y deseaban otros que el infante don Fernando, hermano del recién finado monarca, se alzase con la gobernacion y regimien^{to} del reino, y aun con la corona que heredaba su tierno sobrino, única manera que algunos veian de poder conjurar las tempestades y borrascas que amenazaban levantarse. Pero el noble infante, sin oír otros consejeros que su conciencia, ni otra voz que la de su lealtad, fué el primero que ante los prelados, ricos-hombres, caballeros y procuradores de las ciudades, reunidos para las córtes de Toledo, declaró que recibia y escitó á todos á que recibiesen por rey de Castilla y á que obedeciesen como á su señor natural al príncipe don Juan su sobrino. En su virtud el pendon real de Castilla, puesto por el infante en manos del condestable Ruy Lopez Dávalos, fué paseado por las calles y plazas de Toledo, proclamando todos: *¡Castilla, Castilla por el rey don Juan!* Poco despues ondeaba el estandarte real en la torre del Homenage, y don Fernando anunciaba á los procuradores del reino en la iglesia mayor de Santa María que con arreglo al testamento del rey don Enrique quedaban él y la reina doña Catalina encargados de la tutela del rey y de la gobernacion del reino durante la menor edad del príncipe don Juan.

Seguidamente partió el infante para Segovia (1.º de enero, 1407), donde se hallaba la reina viuda con su hijo, afligida por la muerte de su esposo, y temerosa de que el infante, con arreglo á la disposicion testamentaria de don Enrique, quisiera privarla de la crianza y educacion del príncipe, que aquel dejaba encomendada á Juan de Velasco y á Diego Lopez de Zúñiga ⁽¹⁾. En vano aseguró el infante al obispo de Segovia, á quien encontró á las cuatro leguas de esta ciudad, que su ánimo era dar gusto á la reina, y servirle en cuanto pudiese. La reina, siempre recelosa, le cerró las puertas de la ciudad: el infante se alojó con su gente en los arrabales sin mostrarse sentido, antes bien, procediendo con caballerosidad y nobleza, fué el que trabajó con mas ahinco á fin de reducir á los dos ayos nombrados en el testamento á que resignasen aquel cargo en favor de la reina madre, por ser así lo mas razonable y natural. Cedieron al fin Juan Velasco y Diego Lopez, no sin repugnancia y sin graves contestaciones y altercados, recibiendo de manos de la reina como por via de compensacion la suma de doce mil florines de oro. Hecha esta concordia y habiendo entrado don Fernando en la ciudad, se abrió y leyó ante las córtes el testamento de don Enrique; la reina y el infante, como tutores del rey niño y gobernadores del reino, juraron en manos del obispo de Sigüenza, haberse bien y lealmente en el gobierno y

(1) De Estuñiga, ó Destuñiga, como dicen las antiguas Crónicas.

tutela, guardar y hacer guardar los fueros y privilegios, las libertades, costumbres y buenos usos de Castilla, y con esto quedaron solemnemente reconocidos en las cortes de Segovia como tutores y gobernadores del reino durante la menor edad del rey don Juan II., y encomendada la educacion del príncipe á la reina su madre.

Pronto nacieron desconfianzas entre los dos regentes, ya por obra de algunos mal intencionados que se complacian en turbar su armonía sembrando entre ellos mútuos recelos y sospechas, ya por el carácter de la reina doña Catalina, la cual por otra parte se hallaba de todo punto supeditada á una dama de su corte, llamada doña Leonor Lopez ⁽¹⁾, sin cuyo consejo nada hacia, y que de tal manera dominaba en el ánimo de la reina, que nada servia cuanto se determinára en materias de gobierno sino merecia la aprobacion de la dama favorita; á tal punto que lo que un dia se deliberaba, otro se revocaba ó contradecia, si no era del agrado de doña Leonor Lopez, con mengua del reino y no poco disgusto del infante don Fernando. Fiábanse tan poco uno de otro, que cada cual de los regentes tenia su guardia propia, y cuando iban al consejo, cada cual llevaba sus hombres de armas para su defensa. En tal estado de cosas, recibíanse cartas

(1) Era hija del célebre don Martin Lopez de Córdoba, gran maestro de Calatrava en tiempo del rey don Pedro, que tan al es-

tremo llevó la defensa de Carmona, y que al fin sufrió una muerte trágica por orden del rey don Enrique II.

de los caballeros y maestros de las órdenes que estaban en las fronteras de los moros anunciando que los soldados amenazaban desertarse por falta de pagas, y en el mismo sentido escribia el almirante don Alfonso Enriquez que se hallaba en Sevilla. En tal conflicto, y á instancia y persuasion del infante, accedió la reina, bien que no con la mejor voluntad, á anticipar hasta veinte millones de maravedís del tesoro del rey su hijo, á condicion de reintegrarse del producto de los subsidios y rentas reales.

Haciase ya la guerra, bien que parcial y sin notables resultados, por la parte de Murcia; y el infante don Fernando, con deseo de impulsarla, generalizarla y dirigirla en persona, de acuerdo con la reina, pidió á las cortes el servicio de dinero que conceptuáran necesario para el buen éxito de la empresa. Las cortes despues de haber hablado en favor del pensamiento y de la peticion del infante regente don Sancho de Rojas, obispo de Palencia, el almirante don Alfonso Enriquez y don Fadrique, conde de Trastamara, otorgaron un subsidio de cuarenta y cinco millones, teniendo en cuenta los veinte de que la reina tenia que reintegrarse, haciendo jurar á los dos regentes que aquella suma se habia de destinar é invertir íntegra en las atenciones y gastos de la guerra sin distraer nada á objetos de otro género. Y como fuese el ánimo del infante hacerla en persona, quiso dejar antes ordenado el gobierno y administracion del Estado, de

manera que se previniese toda discordia. A este fin hicieron entre él y la reina un convenio solemne, en que se determinó dividir el reino en dos partes, y que cada uno rigiese y gobernase en la suya, á saber, la reina madre desde los puertos hácia Castilla la Vieja y reino de Leon, el infante desde la misma línea de los puertos todo lo de Castilla la Nueva, Extremadura, Murcia y Andalucía: compartieron igualmente los oficiales reales; la reina quedó con su chancillería en Segovia, y el infante se partió para Andalucía (abril, 1407).

Después de alguna detencion en Villareal esperando la reunion de las tropas, llegó á Córdoba á mediados de junio, y de allí á pocos días á Sevilla, acompañándole su primo don Enrique, marqués de Villena, maestre que habia sido de Calatrava, el almirante don Alfonso Enriquez, el condestable Ruy Lopez Dávalos, el senescal Diego Lopez de Zúñiga, el obispo de Palencia don Sancho de Rojas, don Pedro Ponce de Leon, señor de Marchena, Carlos de Arellano, señor de los Cameros, don Perafan de Ribera, adelantado mayor de Andalucía, don Alfonso, hijo de don Juan, conde de Niebla, Diego Fernandez de Quiñones, merino mayor de Asturias, Pedro Manrique, adelantado del reino de Leon, Martin Fernandez Portocarrero, Pedro Lopez de Ayala, aposentador mayor del rey, Pedro Carrillo de Toledo, Diaz Sanchez de Benavides, capitan mayor del obispado de Jaen, y de allí á

pocos dias llegaron Juan Velasco, Juan Alvarez de Osorio, el maestre de Santiago, el prior de San Juan y el conde de Niebla. Allí se le incorporó el conde de la Marca, uno de los mas hermosos y mas apuestos caballeros de su tiempo, casado con una infanta de Navarra prima del rey, que voluntariamente vino á tomar parte en aquella guerra al servicio del infante, trayendo consigo ochenta lanzas. A pesar de haber adolecido allí el infante, los preparativos de la guerra se impulsaron con actividad, y de los puertos de Vizcaya fueron llevadas ocho galeras y seis naves con buena gente. Con una parte de ellas y con las que ya tenia el almirante, embistió una flota de veinte y tres galeras que los reyes de Tunez y de Tremecen tenian en las aguas de Gibraltar, y aunque era superior en fuerza la armada enemiga, condújose con tal bizarría el almirante castellano que tomó á los infieles ocho galeras, echó varias de ellas á pique, y ahuyentó los demas. Grande fué la alegría del infante y de todos los otros grandes señores al ver arribar á don Alfonso Enriquez á Sevilla con las ocho galeras apresadas, y túvose por feliz anuncio de la gran campaña que se iba á emprender.

La guerra hasta entonces se habia reducido á parciales reencuentros por el lado de Lorea y Vera, y por la parte de Carmona, Marchena, Ecija y Pruna, en que mutuamente infieles y cristianos se tomaban algunas villas y castillos. Ahora se anunciaba una

lucha seria, cual no habia vuelto á verse desde los tiempos de Alfonso XI. Refiere no obstante la crónica un hecho que nos revela la inmoralidad de los hombres de aquella época. Convalecido que hubo el infante don Fernando, supo que se le estaba engañando en cuanto á la gente que pagaba: los capitanes á quienes se daba sueldo para trescientas lanzas no llevaban ni aun doscientas, y así respectivamente las demas. Con este motivo dispuso hacer un alarde general de sus tropas (8 de agosto); pero en este mismo alarde y revista le burlaban los grandes caudillos, presentando para cubrir las filas á hombres alquilados de los concejos; y aun así, siendo nueve mil lanzas las que pagaba, no llegaron á ocho mil las que se contaron. Nada se le ocultaba al noble infante, mas por no indisponerse con los caballeros á quienes tanto entonces necesitaba, apeló á la prudencia y al disimulo y no se dió por entendido del engaño, confiado en que con la ayuda de Dios habria de vencer al rey de Granada, aunque le faltase la tercera parte de la gente con que habia contado ⁽¹⁾.

Viendo el emir granadino que todos los prepara-

(1) Crónica de don Juan II. Año I, cap. 29.—La edición mas apreciable de esta crónica es la que tenemos á la vista, hecha en Valencia por Benito Montfort, 1779, y que forma, comprendidas las *Generaciones y semblanzas* de Hernan Perez de Guzman, su principal compilador, un volumen en

fólio grande de mas de 600 páginas. Sobre los diferentes escritores que compusieron esta Crónica, que al fin recopiló Hernan Perez de Guzman, puede verse el Prólogo de esta edición, y el Discurso del doctor Galindez de Carvajal inserto en la pág. 49.

tivos de la guerra se hacian por la parte de Sevilla, rompió él por el reino de Jaén con siete mil caballos y hasta cien mil peones, y combatió la ciudad de Baeza, que defendieron con bizarría Pedro Diaz de Quesada, y García Gonzalez Valdés con otros caballeros, vengándose el musulman en poner fuego á sus arrabales. Con esta noticia envió el infante en socorro de la plaza al condestable y al adelantado de Castilla con buena hueste: no los esperó el granadino, antes bien se retiró á su tierra, atacando y tomando de paso el castillo de Bezmar, muriendo en su defensa el comendador de Santiago y casi toda la guarnicion. El infante mismo salió de Sevilla el 7 de setiembre, llevando la espada de San Fernando, que le fue entregada con toda solemnidad. Abrióse la campaña por la parte de Ronda. Seguian la bandera de Sevilla seiscientos caballeros y siete mil peones lanceros y ballesteros; iban con el estandarte de Córdoba quinientos ginetes y seis mil infantes. El maestro de Santiago con el pendon de Sevilla se puso sobre Zahara el 26 de setiembre, y al dia siguiente llegó el infante con todo el ejército. Diego Fernandez de Quiñones fué encargado de colocar las tiendas en el circuito de la villa. Asentadas las lombardas en tres diferentes puntos, y haciéndolas jugar por espacio de tres dias, abrióse una gran brecha en el muro, en vista de lo cual los cercados pidieron capitulacion, y rindieron la plaza á condicion de que se los permitiese

salir con sus mugeres y sus hijos, y los efectos que pudieran llevar. El 4.º de octubre enarboló el maestro de Santiago don Lorenzo Suarez de Figueroa en la torre del Homenaje el pendon de Castilla con la cruz. Al dia siguiente salieron los habitantes de la villa, y poco despues hizo su entrada en ella el infante don Fernando.

Alli repartió los cargos que cada cual habia de desempeñar para la conduccion y cuidado de las máquinas, pertrechos y útiles de guerra durante la campaña (1). Ordenó además á Martin Alfonso de Sotomayor la reduccion del castillo de Anditá, que él ejecutó, entregando la plaza al incendio y al saqueo. Diego Fernandez de Quiñones y Rodrigo de Narvaez recogian los ganados de Grajalema ahuyentando á los moros: Pedro de Zúñiga recobraba la villa de Ayamonte:

(1) Es curiosa esta distribucion por la idea que da asi de la maquinaria como de los medios de transporte que entonces estaban en uso. Dice, por ejemplo, que «Juan Hernandez de Bobadilla tomase cargo de llevar la lombarda grande con su cureña, é de las carretas, é bueyes que la han de llevar, é hombres que han de ser doscientos.—Juan Sanchez de Aguilar que tome cargo de llevar la lombarda de la banda, é las carretas é bueyes, etc.—Sancho Sanchez de Londoño, que tome cargo de las dos lombardas de fuslera....—Fernan Sanchez de Badajoz y Gutier Gonzalez de Torres, que tomen cargo de llevar diez mantas; cada uno cinco, con

los pertrechos que les pertenecen....—Juan Hernandez de Valera, que tome cargo de llevar los pertrechos de la mina, ó del alquitran, é de las carretas é bueyes, é hombres que lo han de llevar, que son menester cient hombres.—Diego Rodriguez Zapata, que tome cargo de llevar toda la pólvora....—Sancho Vazquez de Medina é Fernan Rodriguez, que tomen cargo de llevar todos los paveses.... etc.»—Por este orden iba señalando los que habian de llevar las arcas de los pasadores, las fraguas de los herreros, el fierro, las herramientas, las muelas de aguzar, los truenos, el carbon, las escalas, etc. Crón. de don Juan II. A. I. c. 37.

Martin Vazquez con otros caballeros reconocian la situacion de Ronda, y volvian á decir al infante que, colocada la plaza sobre una roca, defendida con buenas murallas y por una fuerte guarnicion, les parecia de todo punto inexpugnable: todo esto mientras el infante en persona sitiaba y combatia á Setenil con todo género de máquinas y con piedras de nuevo calibre que hizo trasportar, y con las cuales incomodaba grandemente á los sitiados. Al propio tiempo el maestro de Santiago con otros caballeros y mil quinientas lanzas se apoderaban de Ortexica, punto interesante por su posicion. El ejército se dividió en el valle de Cártama, y don Pedro Ponce de Leon y don Gomez Suarez, cada uno con su hueste, talaban y devastaban Luxar, Santillan, Palmete, Carmachente, Coin, Benablasque y otros lugares, matando y cautivando moros, y haciendo presas de ganados, en tanto que Juan Velasco destruia los campos y el viñedo de Ronda.

Continuaban los sitiados de Setenil defendiéndose vigorosamente, si bien en sus salidas eran casi siempre rechazados. Irritaba al infante tan tenaz resistencia, y mortificábale la pérdida de algunos de sus valientes capitanes. En su enojo ordenó que fuese atacada la plaza por ocho puntos á un tiempo, pero su actividad y energía se estrellaba en la apatía y flojedad de sus caballeros, que le aconsejaban renunciase á la empresa de tomar la plaza, representándosele como muy difícil, asi por hallarse situada en el corazon de

unas rocas inaccesibles, como por el mal estado de las máquinas, por lo avanzado de la estación, la incomodidad de las lluvias y la escasez de víveres que comenzaba á experimentar. Accedió el infante, aunque con mucho disgusto, á levantar el cerco, y mandó al condestable y al merino mayor de Asturias, que con buena escolta hiciesen trasportar á Zahara todas las máquinas y bagajes. Sabedores de este movimiento los moros de Ronda, salieron con intento de apoderarse de los pertrechos de guerra, pero merced á un renegado que guió á los cristianos por otro camino, hubieron aquellos de volverse sin lograr su objeto. Reinaba poca armonía en el ejército cristiano, y disputábase quienes habian de quedar guardando la frontera, si los castellanos ó los andaluces: enojado de estas disputas el infante, díjoles á todos con enérgica resolución que él personalmente tomaria el cargo de toda la frontera, y que fiaba poder dar buena cuenta á Dios y al rey su sobrino, y echar de la tierra al rey de Granada si en ella entrase.

Otro disgusto tuvo el infante en esta retirada. El alcaide García de Herrera habia abandonado á los moros los fuertes de Priego y las Cuevas, segun él decia, por la falta de gente y vítuallas, pero no debió creerlo así el infante, que estuvo á punto de castigarle duramente. Los moros arrasaron aquellas fortalezas, y acometieron despues á Cañete, que supo mantener con mas teson el alcaide Fernando Arias de Saavedra.

Una parte de las tropas del infante habia ido á Carmona en busca de provisiones: negáronse los de la ciudad á recibirlas, y cerrándoles las puertas les decian desde los adarves como haciendo mofa de su cobardía: «á Setenil, á Setenil.» Envió el infante al adelantado y tampoco fué recibido, hasta que él se presentó personalmente; entonces se le franquearon las puertas, y los autores principales de la anterior resistencia sufrieron severo castigo. De Carmona pasó á Sevilla, donde fué recibido en medio de aclamaciones, juegos y fiestas populares. Hizo oracion en la catedral; depositó otra vez sobre el ara santa la gloriosa espada de San Fernando, y provisto lo necesario para el buen orden de la ciudad y defensa de la tierra, vino á Toledo, donde celebró las exéquias fúnebres del cabo de año á su difunto hermano el rey don Enrique, y cumplido este deber religioso, pasó á Guadalajara, donde se hallaba la reina madre con el rey niño, y para donde estaban convocadas las córtes del reino.

Abiertas estas córtes á presencia del tierno monarca, de la reina doña Catalina y el infante don Fernando como tutores suyos y regentes del reino, con asistencia de muchos prelados, de los próceres mismos que acababan de hacer la campaña y de los procuradores de las ciudades, espuso el infante la necesidad de continuar la guerra, para lo cual solicitaba un subsidio de sesenta millones de maravedís, que las córtes cuidarian de realizar de la manera que fuese menos

gravosa á los pueblos. Pareció esta demanda excesiva, y los diputados pidieron tiempo para deliberar. Andaban también discordes los pareceres; opinaban muchos por que se sobreyese en la guerra, por ser tan costosa y estar los pueblos agobiados y casi en imposibilidad de soportar los gastos que ocasionaba; eran otros de dictámen de que debía proseguirse. Debatiase también sobre el servicio pedido, pareciéndoles exorbitante; y cuando se estaba en estas conferencias, llegaron nuevas de que el rey de Granada se había puesto sobre Alcaudete con siete mil caballos y mas de cien mil peones, si bien el comandante de la plaza, Martín Alfonso de Montemayor, ayudado de los fronterizos de las villas contiguas, se condujo tan valerosamente en su defensa, que no pudieron los moros tomarla, ni por escalas, ni por minas, ni por género alguno de ataque (febrero, 1408). Esta noticia dió nueva animación á los debates de las cortes sobre la guerra y sobre el subsidio. A pesar de los esfuerzos del infante, los procuradores resolvieron que por aquel año no se hiciese otra cosa que guarnecer las fronteras y estar á la defensiva; y en cuanto al servicio, se determinó que se repartiesen los cincuenta millones, y si la necesidad apremiase, se pedirían también los otros diez cuentos sin llamar para ello las cortes. Por fortuna las circunstancias de su reino hacían desear la paz al emir granadino, y antes de cerrarse las cortes llegaron á Guadalajara embajadores de Mohammed

proponiendo una tregua. Aceptáronla los tutores y las cortes, y se firmó un armisticio por el tiempo de ocho meses (fin de abril, 1408). En su virtud el servicio se rebajó por aquel año á cuarenta millones.

Durante esta tregua se sintió el rey Mohammed de Granada gravemente enfermo. Cuando se convenció de que se aproximaba el fin de sus días, queriendo dejar asegurada la sucesión del trono en su hijo, determinó dar muerte á su hermano Yussuf, á quien, como dijimos en otro lugar (1), tenía preso en el castillo de Salobreña. La carta del alcaide de aquella fortaleza estaba escrita en estos términos: «Alcaide de Xalubania, mi servidor: luego que recibas esta carta de manos de mi arraz Ahmed ben Xarac, quitarás la vida á Cid Yussuf, mi hermano, y me enviarás su cabeza con el portador: espero que no hagas falta en mi servicio.» A la llegada del arraz se hallaba el príncipe jugando al ajedrez con el alcaide de la fortaleza, sentados ambos sobre preciosos tapices bordados de oro y en almohadones de oro y seda. Cuando el alcaide leyó la orden, se inmutó y turbó, porque el ilustre prisionero, con su bondad y excelentes prendas, se había ganado los corazones de cuantos le rodeaban. Conociendo el príncipe su turbación, le dijo: «¿Qué manda el rey? ¿ordena mi muerte? ¿pide mi cabeza?» El alcaide le dió á leer la carta. Luego que la leyó, «Permitidme algunas horas, le

(1) Cap. 24.

»dijo, para despedirme de mis doncellas y distribuir mis alhajas entre mi familia.» El arraez apuraba por la ejecución del mandato real, puesto que tenía tasadas las horas para volver á Granada con el testimonio de haber llenado su comision. «Pues al menos acabemos el juego, añadió el príncipe, y concluiré perdiendo la partida.» Continuaban jugando, mas aturrido y con menos concierto el alcaide que el mismo Yussuf, cuando entraron precipitadamente dos caballeros de Granada con la noticia de la muerte del rey Mohammed y de haber sido aclamado su hermano Yussuf. Dudando estaban todos de lo que oían, cuando llegaron otros dos mensajeros, portadores de la misma nueva. Era cierta la aclamacion, y Yussuf pasaba de repente desde el pie del patíbulo á las gradas del trono ⁽¹⁾.

Entró, pues, Yussuf en Granada entre populares aclamaciones, por en medio de arcos de triunfo, sembradas de flores las calles y plazas, cubiertas las paredes de ricos paños de seda y oro, y fué paseado dos dias en triunfo recibiendo las mas vivas aclamaciones de amor de su pueblo. Uno de sus primeros actos fué enviar una embajada al rey de Castilla, noticiándole su ensalzamiento y manifestándole sus deseos de vivir con él en paz y amistad. El portador de estas

(1) Conde, Dominac. de los Arabes, parte IV. cap. 28.—No es nuevo este ejemplo de serenidad y fria calma en los árabes para recibir la muerte; y de ello hemos citado ya algun otro caso.

credenciales fué su privado Abdallah Alhamin. Fué este embajador bien recibido en Castilla, y se ratificó la tregua con las mismas condiciones que se habian pactado con Mohammed. El nuevo emir hizo al monarca castellano un presente de buenos caballos con preciosos jaeces, espadas y paños de seda y oro.

Desde este tiempo hasta que se renovó la guerra de Granada volviéronse á sentir en Castilla y se renovaban cada dia las desavenencias entre el infante y la reina madre, no por culpa de aquel, que procediendo con nobleza y lealtad en todo deseaba y procuraba la mejor armonía y concordia, y no perdonaba medio para congraciar á su co-regente y disipar la semilla de la discordia que desleales consejeros se complacian en sembrar. Adolecia de crédula la reina; no faltaban en la córte espíritus rencillosos que por envidia y mala voluntad atribuian siniestras miras al infante don Fernando; veíase éste contrariado en sus planes de gobierno; apartábansele ó le miraban con desconfianza algunos magnates, y era menester toda su generosidad y grandeza de alma para no desmayar en su celo y afan por el bien del reino. Mas justos apreciadores de sus cualidades los estrangeros que muchos de los castellanos, ofreciéronse á servirle en la guerra contra los moros á sus propias espensas, primeramente el duque de Borbon y el conde de Claremónt, despues el duque de Austerlitz y el conde de Luxembourg, grandes señores de Alemania, á los